De Antonio Pereira y su Dibujo de figura

Manuel Urbano

Hace escasos días apareció publicado en El Bardo, «Dibujo de Figura» entrega que hace el número cuatro de las comunicaciones poéticas de Antonio Pereira; fueron antes: «El Regreso», «Del monte y los caminos» y «Cancionero de Sagres». Junto a estos cuatro libros de poesía, merecen destacarse dentro de su ya amplia labor narrativa: «Una ventana a la carretera», libro que obtuvo el codiciadísimo Premio Leopoldo Alas, y «Un sitio para Soledad». La edición de Dibujo de figura, nos ha llevado a personales recuentos, que van, desde el íntimo rescoldo de afecto y agradecida amistad hacia el autor; hasta los incuestionables y hermosísimos hallazgos poéticos de Antonio Pereira en la serenidad presentida del verso, o la permanencia de Jaén en la poesía.

Dibujo de Figura es ante todo un reencuentro, una pausa con el verso acotado de silencios, una meditación íntima al bordo del ser mismo, un hallazgo poético donde el autor se solicita la voz y la palabra para entregárnosla con su raíz misma en la que nació poesía; de aquí que el lápiz dibuje el verso hasta entonar el alma; junto a ello, la búsqueda de un espacio suficiente al hombre entre la difuminada masa de los días y las horas.

El color de la entrega de Pereira, es limpio, natural, rechaza veladuras. Parte el poeta de una rememoranza hermosa en el pudor —«cintas de raso, piernas blancas de luna»— de aquellos años juveniles jalonados hasta ser mozo del 44, rehaciendo así el viaje que tanto le cundiera, para volver, con la última parte del libro —Consolación a Claudia—, a mecerse en el cuenco amoroso del verso con un diálogo íntimo pleno de traspasado amor, cuando caen las esteras del silencio y es necesario el regazo de la madre que ya borrosamente se recuerda. Este es el libro. Antonio Pereira reanuda sus pasos, no hace balance, cuenta y se recuenta con hermoso pudor, nárrase en el verso sin pretender falsos efectos, pues «escribir de uno mismo, si se hace de puño y letra, es una exhibición que se acerca a la desnudez; de aquí que, el poeta no surja sólo en el poema, y en su bello estilo narrativo, Dibujo de Figura se nos venga con toda una carga de crónica: el poeta vive junto al tiempo que marca y edifica, por eso, en su verbo afloran una torrentera de rostros, ciudades y paisajes nacidos con dibujo propio. En conclusión, el libro, no exento de algunas gotas de ironía, enmarca la figura, nos ofrece un saldo favorable de paz. El poeta tiene fe en la primavera, como en el hombre que mira más arriba si acostumbra su paso hacia las cumbres de la blancura eterna y pensativa; así, nos dice en su poema, a nuestro juicio el más rotundamente definitivo de la entrega: «El urogallo canta — su libertad — y olvida el ojo frío — del arma la ocasión de su garganta. — No le compadezcas. — Su carne abierta — por la pólvora negra y los metales — sobrevive sonando — predicando — muerte mejor que la de los corrales.

Por último, permítasenos apuntar la presencia de Jaén en la entrega del poeta, de los que varios poemas del libro entroncan con nuestra tierra estremecida de luz olivos y esperanza. Sírvanos esta muestra de su buen hacer:

«Los Santuarios siempre cuesta [arriba.
Por Quesada pregunto. Aquel re- [pecho
y ya ciega la cal, la tarde, el aire en que resalta el habitante obscuro y otro y otro,
y todos me responden
que dónde puede ser sino en lo [alto,
en el lugar más propio para un [templo...»

A Antonio Pereira le basta Jaén para ser; a nosotros, nos son suficientes sus versos. Pregunta por Quesada y, procesionando el poema, atravesando olivos, abrazando hombres como olivos, le ciega la cal, la tarde y el aire en que resalta el habitante obscuro. A Antonio Pereira desde su insoluble vínculo por el amor, le son suficientes nuestros olivares para trascender con el verso, doliéndose hasta nacerse en un mirar la frente surcada del serrano, tan honda de tanta sed y arada que, en una arruga abierta, le duele de puro gozo Rafael Zabaleta.

Como conclusión, sólo me resta recomendar encarecidamente éste libro, uno de los mejores que hemos leído en bastante tiempo, y que nos ha dicho, con íntima y personal voz, qué es esa vibrante y esquiva palabra a la que llaman poesía.